

CONSIDERACIONES SOBRE LA PROBLEMATICA ACTUAL DE LA MIGRACION INTERCARIBEÑA

**Discurso de Orden pronunciado
por Monseñor Agripino Núñez Collado,
Rector de la Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra, en la ceremonia de graduación
de la Caribbean University, Puerto Rico.
28 de diciembre de 1990.**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA
MADRE Y MAESTRA**

CONSIDERACIONES SOBRE LA PROBLEMATICA ACTUAL DE LA MIGRACION INTERCARIBEÑA

*Discurso de Orden pronunciado
por Monseñor Agripino Núñez Collado,
Rector de la Pontificia Universidad Católica
Madre y Maestra, en la ceremonia de graduación
de la Caribbean University, Puerto Rico.
28 de diciembre de 1990.*

Colección "Documentos"
Dirigida por BIENVENIDA POLANCO

Derechos Reservados

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAESTRA
Santiago, República Dominicana

Arte: Alfredo Peña
Impresos: PUCMM

MIGRACION INTERCARIBEÑA: FACTORES COMUNES

**Discurso de Orden pronunciado
por Monseñor Agripino Núñez Collado,
Rector de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra,
en la ceremonia de graduación de la Caribbean University,
Puerto Rico. 28 de diciembre de 1990.**

Acepté con mucho agrado la invitación del Presidente de la Caribbean University, doctor Angel E. Juan, para dirigirles la palabra a esta promoción, y lo hice por más de una razón. Una graduación es siempre una fiesta del espíritu y representa recoger los frutos de los esfuerzos y sacrificios de muchas personas: profesores, administradores y, particularmente, de los propios estudiantes, de sus padres y de todos aquellos que de alguna manera han hecho posible para los graduandos de hoy la vivencia de este momento.

Como persona que ha tenido el privilegio de dedicar la mayor parte de su tiempo y de su vida a la educación, les congratulo a todos y me congratulo, por poder compartir con ustedes su alegría y su satisfacción del deber cumplido.

Venir a Puerto Rico representa siempre una ocasión grata. Para mí, en particular, Puerto Rico es como una prolongación de mi propio país. Compartimos el mismo ambiente, el mismo sabor caribeño que nos identifica a todos los que vivimos a orillas del Mar Caribe. La gente, la vegetación, la música, los colores, el clima, todo nos indica que estamos en un lugar familiar, particularmente para quien les habla, que tuvo la inolvidable oportunidad de pertenecer a la comunidad estudiantil de la Universidad de Puerto Rico, a finales de la década de los sesenta.

Los que vivimos en esta parte del mundo, no podemos olvidar que tenemos muchos elementos en común. Quizás los rasgos más notables sean los folklóricos, la idiosincrasia, la herencia cultural del mismo origen y, sobre todo, un valor que es común entre puertorriqueños y dominicanos, la sencillez y la humildad natural. Como todos sabemos, nuestras historias, nuestras economías y nuestros grupos étnicos, también tienen antepasados comunes.

Alguien ha definido a los países caribeños como "los más coloniales de todos los pueblos que pasaron por la experiencia del colonialismo". Esto así porque, en el siglo XVI, reapareció en el Caribe el sistema esclavista, luego de haber estado en desuso durante siglos en el resto del mundo. Más aún, en esta zona predominó el sistema de la gran plantación agrícola y sus características dejaron profundas huellas en las sociedades independientes que luego se formaron.

Estos dos elementos, la esclavitud y la plantación, han sido señalados por diversos autores, desde Hoetink hasta Mintz, como los factores que mejor explican la particular dependencia que se observa en todas las islas con respecto a distintos centros de influencia: Francia, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos o la Unión Soviética.

Un pasado común nos lleva hoy a tener problemas comunes. En todo el Caribe se habla con mucha preocupación sobre las limitaciones impuestas por la deuda externa; los problemas de una agricultura semiestancada; la extrema dependencia de la importación de alimentos; la degradación ecológica; la penetración cultural; la delincuencia y otros males asociados con la drogadicción y el narcotráfico; la necesidad de importar petróleo cada vez en mayores cantidades; la pequeñez de nuestros mercados internos; la necesidad de firmar acuerdos bilaterales y preferenciales, en vez de integrarnos con otros países; el flujo de capitales hacia otros lugares externos de la región; la incertidumbre frente a cuáles serán los verdaderos resultados que traerán las exportaciones vía zona franca y el turismo.

Otro problema común en el Caribe, que parece como una "constante histórica", es el de las migraciones interisleñas que se verifican con intensidad en estos últimos años, pero que siempre han estado presentes en toda la historia caribeña. Durante los siglos XVII y XVIII, miles de dominicanos emigraron a Venezuela, Cuba y Puerto Rico, pero también se puede decir que una cantidad similar de haitianos y cubanos emigraron a Santo Domingo, motivados por las guerras internas y por otros problemas que acontecían. Lo mismo ocurrió con los puertorriqueños que fueron a la República Dominicana a fines del siglo XIX y en los inicios de este siglo, sin dejar de mencionar a los llamados isleños de Barlovento que se desplazaron a Panamá para construir el Canal, o que luego se trasladaron a Cuba y a Santo Domingo a cortar caña.

en el lugar de destino, con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. Esto significa que tanto las autoridades dominicanas con respecto a los haitianos, como las puertorriqueñas con respecto a los haitianos, como las puertorriqueñas con respecto a los dominicanos, deberían establecer, de común acuerdo, mecanismos apropiados para recibir nuevos trabajadores de manera legal, cuando éstos sean necesarios. Tal es el caso de los dominicanos en relación a los haitianos que participan en la zafra anual en el corte de la caña, y en Puerto Rico, donde de hecho existe una demanda de mano de obra en el campo y en los servicios domésticos, para evitar que personas inescrupulosas se aprovechen de su condición de indocumentados o ilegales.

La dirigencia política de nuestros países debería examinar esta situación. Lo anterior no excluye que cada país se revise internamente, para detectar de qué maneras puede auspiciar un aumento de trabajadores nativos en las áreas que ahora se destinan casi exclusivamente para la mano de obra extranjera. O quizás lo más apropiado sería que cada país analice la mejor manera de incrementar las posibilidades de empleos dignos y estables, de forma tal que se disminuyan las condiciones internas que auspician las migraciones hacia el exterior.

Muchos de estos temas han sido tratados por dominicanos preocupados por la suerte de los haitianos en su país, así como por puertorriqueños interesados en comprender y mejorar la vida de los dominicanos en Puerto Rico. En este último caso, me complace recordar los recientes estudios patrocinados por la Universidad Interamericana en el Recinto de San Germán, la Universidad del Sagrado Corazón y la Universidad de Puerto Rico.

Como ejemplo de estos análisis, me permito citar unas consideraciones de Jorge Duany y César A. Rey, en la obra *Los inmigrantes indocumentados en Puerto Rico: Realidades y Mitos*: "En síntesis, los inmigrantes dominicanos son más diestros, educados y urbanos que la población general de la República Dominicana. El estereotipo del campesino pobre y analfabeto sencillamente no concuerda con la realidad. Los indocumentados no provienen mayoritariamente de los grupos más desvalidos de la sociedad dominicana... los inmigrantes (dominicanos) han hecho un gran aporte a la economía local, al llenar un vacío en la fuerza laboral y ofrecer una serie de servicios im-

portantes... Para citar al Padre Manolo Rivera, uno de sus defensores más connotados, los indocumentados son los "personajes invisibles" de la sociedad puertorriqueña. Son invisibles porque son ilegales, pobres, mulatos y extranjeros; son invisibles porque ni siquiera sabemos cuántos son, de dónde vienen, qué hacen, cómo viven, con quién se casan..."

Tengo que reconocer, con pena, que ya en su mayoría, el emigrante dominicano no es aquel al que en años pasados se refería el Cardenal Arzobispo de New York, Terence Cooke, cuando decía que "la República Dominicana le ha dado a la ciudad de Nueva York una gran riqueza en sus pobres". Se refería a aquellos pobres en sentido material pero adornados de valores tan importantes como la honradez, la honestidad y el amor al trabajo, teniendo como meta la formación de una familia digna.

Estudios como los realizados por los investigadores Duany y Rey, y otros similares que se han hecho en la República Dominicana sobre la situación de los haitianos en nuestro país, constituyen instrumentos básicos para descubrir alternativas científicas y objetivas para la solución de estos problemas. El compromiso de Puerto Rico y la República Dominicana en el contexto del mundo en que hemos empezado a vivir, un mundo sin fronteras y sin barreras ideológicas, en el que las comunicaciones han convertido el planeta Tierra en una aldea, ese compromiso, repito, de las relaciones domínico-puertorriqueñas, no puede empañarse ni malograrse por la problemática que se está viviendo hoy, que lejos de ser motivo para fricciones, debe ser abordada con todo el sentido de responsabilidad que las circunstancias requieren de ambas naciones, para encontrar soluciones humanas y acordes con la realidad histórica de nuestros dos pueblos.

Tenemos que estar conscientes de los retos que se nos plantean en las cercanías de un nuevo milenio. No podemos dar las espaldas a la necesidad de la integración regional. Si es cierto que tenemos muchos problemas comunes, también es cierto que tenemos un reto común frente al futuro: la necesidad de responder a un mundo industrializado, que se ha subdividido en tres grandes bloques económicos: Norteamérica, Europa y Japón, a la cabeza de los llamados Tigres del Asia —Corea, Taiwán y Singapur.

Todas estas migraciones intercaribeñas han sido un **factor común** durante mucho más de 350 años y sirvieron no sólo para **movilizar** mano de obra de un sitio a otro, sino también como vehículo que **augmentó** el conocimiento y el acercamiento entre unos y otros.

A partir de los años cincuenta de este siglo, un nuevo flujo migratorio hizo su aparición: los caribeños comenzaron a salir de su órbita geográfica insular y empezaron a residir en Estados Unidos o en Europa. De esta manera hizo su aparición un nuevo problema común a todos: la migración hacia los Estados Unidos y Europa, con la consecuente pérdida de cerebros y mano de obra.

El distinguido intelectual dominicano, Bernardo Vega, economista, historiador y antropólogo, en una interesante conferencia que recientemente pronunció en Kingston, analizó estos temas y, en relación con la emigración caribeña afirma que: "La migración y la fuga de cerebros son fenómenos comunes a todos nosotros. El 10% de la población de Cuba, República Dominicana y Haití; el 40% de la gente de Puerto Rico; el 21% de la de Jamaica y el 25% de Barbados, vive fuera de sus territorios. En términos regionales, el 10% de toda la población del Caribe vive ya en Europa o Norteamérica. Las ciudades de New York, Miami y Montreal se han convertido en el famoso crisol americano ("the melting pot") de la gente proveniente de distintas islas caribeñas. Lo que el Mar Caribe siempre ha separado, ha quedado ahora unido por los barrios pobres de Norteamérica".

En el caso específico de las migraciones puertorriqueñas y dominicanas, no podemos dejar de lado las teorías que señalan al mercado laboral nacional e internacional, como el elemento alrededor del cual se generan las principales movilizaciones de grupos humanos. Tenemos que estudiar objetivamente y sin apasionamiento, el origen y las consecuencias de los movimientos migratorios, porque ellos muchas veces tienen su causa en razones ajenas a la voluntad de los que emigran.

El Secretario de Trabajo de Puerto Rico en 1987, Juan Manuel Rivera González, en una conferencia titulada "El Estado Libre Asociado de Puerto Rico y los Indocumentados Dominicanos", afirmaba con mucha propiedad que la emigración de dominicanos y puertorriqueños es "un movimiento libre, pero no voluntario. *Libre* porque

es cierto que a nadie se le obliga a dejar su tierra, pero *no voluntario* porque en la inmensa mayoría de los casos, se hace contra los deseos y la voluntad. Son condiciones socioeconómicas, como es el caso de Puerto Rico y República Dominicana, lo que influye, entre otras causas, a emigrar'.

República Dominicana y Puerto Rico son dos naciones típicamente caribeñas que presentan una característica que otros pueblos de la región no poseen. Me refiero a que cada nación por separado, *remite* emigrantes a otros lugares, mientras que, al mismo tiempo, *recibe* inmigrantes provenientes de otras naciones.

Los dominicanos recibimos constantemente un flujo masivo de haitianos que se distribuyen entre nuestros campos y en la mayoría de las grandes ciudades. Por otro lado, desde nuestro país sale un gran número de dominicanos que se dirige a Norteamérica y Europa y, en los últimos años, se ha vuelto a acentuar la ruta hacia Puerto Rico, básicamente como trampolín hacia Nueva York. Somos pues una nación remitente y receptora de migrantes.

Lo mismo pasa en Puerto Rico, con la diferencia de que desde este país se remiten emigrantes hacia Norteamérica, mientras se reciben inmigrantes desde República Dominicana. El hecho de que ambas naciones compartan esta doble condición "remitente-receptora" hace que los grandes problemas de las migraciones puedan ser abordados con más facilidad, porque de alguna manera, cada nación sabe lo que significa tener compatriotas fuera de su territorio, mientras, al mismo tiempo, recibe constantemente ciudadanos de otros países.

Nuestros dos países deberían evaluar lo que significa para sus economías el hecho de que una gran cantidad de extranjeros (haitianos en la República Dominicana y dominicanos en Puerto Rico) realice una serie de trabajos que son infravalorados en esa nación, pero que son muy importantes para el desarrollo económico. Por consiguiente, cada país debe buscar una definición de políticas migratorias que establezcan un mejor trato y condiciones justas para los trabajadores inmigrantes.

Como es natural, la razón principal para un flujo constante de migrantes es la seguridad de que van a ser empleados de alguna manera

La existencia de una Europa unificada denominada como la "Casa Común Europea", está reclamando ahora que el Caribe se reunifique también. Los mismos pueblos europeos que causaron una división del Caribe en zonas lingüísticamente diversas, están ahora exigiendo que el Caribe se integre geopolíticamente para que pueda competir en forma más eficaz dentro del mercado unificado que Europa exhibirá a partir de la presente década.

Todas las relaciones económicas y culturales se encuentran bajo revisión en estos momentos. Nuestras naciones caribeñas tendrán que definir políticas integracionistas que requerirán tanto coraje y decisión como el que exhibieron los movimientos libertadores del siglo pasado. El hecho de que Haití y República Dominicana hayan entrado en la Convención de Lomé IV, así como la asistencia de Haití, República Dominicana, Cuba y Puerto Rico como observadores en las reuniones del CARICOM, indican que hay un esfuerzo integracionista que se ha visto impulsado con más fuerza que en otras ocasiones.

Las mismas iniciativas estadounidenses (tanto del Plan Reagan para la Cuenca del Caribe, como el Plan Baker y la recién formulada Iniciativa Bush) apuntan cada vez más a la creación de una zona de libre mercado en toda América, que requerirá también un Caribe unificado dentro de dicha zona continental.

Mientras se definen estos proyectos regionales, Puerto Rico y República Dominicana han dado una serie de pasos firmes para incrementar sus relaciones económicas. Probablemente el logro más significativo de los últimos años ha sido la reciente inauguración de un parque industrial en Santo Domingo con una considerable inversión puertorriqueña. Por otro lado, también se ha incentivado el turismo hacia nuestra isla y los acuerdos comerciales para exportar productos agrícolas dominicanos hacia Puerto Rico, se están reformulando a la luz de las recomendaciones que auspician un mercado más justo para ambos países.

En el campo cultural se nota también un mayor intercambio entre instituciones que tienen fines y objetivos comunes. Las universidades están llamadas a promover, mantener, apoyar y darles seguimiento a todas las iniciativas orientadas a la integración cultural entre los pueblos. Nuestra Universidad, en ese sentido, ha estrechado cada vez más

sus lazos con las más prestigiosas universidades puertorriqueñas. Nuestra presencia en este solemne acto de graduación, es una prueba más de que queremos comunicarnos con todo el pueblo puertorriqueño a través de la mejor forma de lograrlo: el intercambio educativo.

El día en que podamos tener más jóvenes estudiantes de ambos pueblos que visiten nuestras instituciones educativas y realicen experiencias propias de verdaderos estudiantes universitarios; el día en que profesores e investigadores dominicanos compartan sostenidamente sus ocupaciones con los científicos y educadores puertorriqueños; ese día estaremos contribuyendo firmemente a derribar mitos y percepciones falsas, al mismo tiempo que nos acercáramos más y más al abordaje de la realidad social de ambas naciones.

Como muy bien expresa el distinguido educador venezolano, don Luis Manuel Peñalver, "la Universidad, en su papel de organismo de difusión de ideas y conocimientos hacia los distintos sectores de la colectividad, tiene una de las más fecundas oportunidades para promover la Integración de América Latina y del Caribe. La Integración tiene que descansar sobre una base de convicciones y de consenso favorable sobre este importante proceso, que sólo puede lograrse mediante la formación de una conciencia nacional e interamericana. Para ello hay que clarificar y neutralizar muchos aspectos de relaciones históricas, culturales y hasta administrativas, que han sido causa de roces o enfrentamientos entre países y pueblos; y promover de modo racional y constructivo, las múltiples áreas, motivos y situaciones donde existen naturales y posibles factores de acercamiento. La creación de una conciencia integracionista sería una labor fundamental, posible y "a la medida" de la Extensión Universitaria".

La conmemoración del V Centenario del Encuentro de Culturas y de la Evangelización de América, es otro motivo que nos invita a tejer los lazos que puedan unirnos firmemente, de manera fraternal, para la tarea de solucionar los problemas comunes. Ojalá que este acto de graduación, que se realiza al final del año, constituya una invitación para todos y cada uno de nosotros a reafirmar la conciencia antillana y panamericanista, tal como la promovieron Bolívar y todos los forjadores de nuestras naciones.

Fue precisamente en Venezuela, durante la última reunión del

Grupo Latinoamericano para el Estudio, Reforma y Perfeccionamiento de la Educación (GULERPE), celebrada hace sólo unos cuantos meses, donde se dedicó una gran parte del tiempo a analizar la función de la Universidad en el proceso integracionista.

Una de las conclusiones de esa reunión señala: "La quimera de la unidad de América Latina en el pasado, es hoy una necesidad para la supervivencia de la región. La Universidad debe realizar un esfuerzo mancomunado para sembrar las bases de la integración. Un proyecto académico-social debe surgir entre todos los centros de docencia, investigación y extensión que vaya más allá de las esporádicas reuniones de buenos propósitos, para convertirse en un paradigma en donde converjan las perseverantes acciones de la unidad. Solamente así podremos adentrarnos con perspectivas de progreso cierto en el Siglo XXI, recobrando la Universidad su papel de ductora de la sociedad".

Al felicitar a los graduandos de esta promoción, a sus padres y familiares, a la Caribbean University, aprovecho para recordarles que las fiestas de la Navidad, conmemoran el nacimiento de Cristo, la aparición del Hijo de Dios entre nosotros. La Navidad, entre otras, nos trae la idea de nacimiento, de renovación, de esperanza, de confianza, por el sentido que adquiere la vida personal de cada hombre y de cada mujer en la encarnación del Hijo de Dios. Que el espíritu de amor, de comprensión y de entrega generosa que nos trae la Navidad, nos impulse en la cercanía del recibimiento de un nuevo año, a que, con la ayuda de Dios, y con el vínculo de la solidaridad, continuemos trabajando y dando lo mejor de nosotros mismos, por el nacimiento de la civilización del amor y por una sociedad en que la paz sea fruto de la justicia.

MUCHAS GRACIAS



Ediciones de la
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAESTRA
Colección DOCUMENTOS